

UNIVERSIDAD TEOLOGICA DEL CARIBE

INTERVENCION EN CRISIS EN CASOS DE ABORTO

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL
PROFESOR MANUEL I RAMOS
EN CUMPLIMIENTO DE
LOS REQUISITOS DEL CURSO CPC 320 LA INTERVENCION PASTORAL EN
SITUACIONES DE CRISIS

POR
KEISHLA D. QUINTANA RUIZ - 4238

SAINT JUST, P.R

05 DE DICIEMBRE DE 2025

INTERVENCION EN CRISIS EN CASOS DE ABORTO

Hablar del aborto dentro del contexto pastoral es entrar en uno de los territorios más sensibles y cargados de dolor humano. No es simplemente un procedimiento médico ni una decisión tomada a la ligera; detrás de cada historia hay temores, dudas, presiones, silencios y heridas que muchas veces nadie ve. Cada vez que reflexiono sobre este tema, recuerdo que estamos tratando con vidas marcadas por experiencias profundas, por emociones intensas y por luchas internas que se entrelazan entre el corazón, la conciencia y la fe. Desde la consejería pastoral profesional, acompañar a alguien que atraviesa una crisis relacionada con el aborto requiere más que conocimiento: exige sensibilidad, madurez, amor y un entendimiento sincero del carácter misericordioso de Dios. Para muchos creyentes, este tema no solo despierta cuestionamientos morales, sino que también reabre heridas emocionales que pueden manifestarse en culpa, vergüenza, miedo a ser juzgados y un dolor que a menudo permanece guardado en silencio. Reflexionar sobre este asunto me recuerda que la pastoral auténtica debe abrazar la verdad sin dejar de extender gracia, cuidando el valor de la vida mientras reconoce la humanidad quebrantada que necesita restauración.

Cuando una persona enfrenta una crisis relacionada con el aborto, ya sea antes de tomar la decisión o tiempo después de haberla vivido, es común que sus emociones superen los recursos internos que posee para manejar la situación. En consejería pastoral entendemos que una crisis surge justamente cuando la persona se siente incapaz de enfrentar un evento significativo con las herramientas emocionales y espirituales que tiene.

Y el aborto, con toda su complejidad, puede generar un torbellino de sentimientos: shock, tristeza, miedo a ser rechazada, confusión moral e incluso un duelo del que nadie habla. Nada de esto es señal de debilidad; más bien revela la profundidad de una experiencia humana que necesita ser escuchada, comprendida y acompañada. Con frecuencia, quienes viven ese dolor no encuentran el valor para expresarlo por temor a ser juzgadas por su familia, su iglesia o su comunidad. Por eso, uno de los primeros pasos pastorales es ofrecer un espacio seguro donde la persona pueda abrir su corazón sin temor, llorar sin sentirse avergonzada y hablar sin esperar condena. Cuando logramos crear ese ambiente, la sanidad encuentra su primer rayo de luz.

Dentro de la consejería pastoral en situaciones de aborto, uno de los aspectos más importantes es permitir y facilitar la expresión emocional. Muchas mujeres cargan por años un silencio doloroso porque sienten que no tienen derecho a lamentarse o porque han creído que “superarlo” es simplemente callar y seguir. Sin embargo, el corazón no sana con silencios impuestos; sana cuando es escuchado con paciencia y compasión. El consejero pastoral debe practicar una escucha atenta y amorosa, utilizar palabras que acompañen y brinden paz, y ayudar a la persona a reconocer lo que siente y lo que esa experiencia ha significado para ella. Sin este desahogo emocional, cualquier guía pastoral se queda incompleta. También es necesario reconocer que la crisis por aborto no solo toca las emociones, sino que remueve de manera profunda la dimensión espiritual. Muchas mujeres se sienten indignas, alejadas de Dios o incapaces de perdonarse. Por eso, la intervención pastoral debe conectarse tanto con el corazón herido como con la fe confundida que busca respuestas.

Para organizar esta intervención, herramientas como el modelo ABC pueden ser muy útiles. Este enfoque ayuda a acompañar de manera clara y respetuosa. Primero, se busca establecer conexión y transmitir seguridad, dejándole saber a la persona que no está sola y que sus emociones tienen un espacio donde ser acogidas. Luego, se identifica el problema más allá del hecho mismo: qué carga emocional lleva, cuáles son sus temores, cómo interpreta lo ocurrido y qué conflictos espirituales experimenta. Finalmente, se acompañan los primeros pasos hacia la restauración emocional y espiritual con acciones concretas que permitan recuperar equilibrio. Aunque este modelo parece simple, aplicarlo en contexto pastoral requiere discernimiento, empatía y mucho tacto para no profundizar heridas sin querer hacerlo. Además, es esencial reconocer cuándo la situación requiere la intervención de profesionales de la salud mental. La pastoral puede acompañar, pero no sustituye la atención clínica cuando existen señales de depresión severa, trauma intenso o pensamientos suicidas.

La perspectiva bíblica también ocupa un lugar importante en este proceso. Como creyentes, afirmamos que la vida tiene un valor sagrado desde el vientre, y la Biblia lo confirma en distintos pasajes. Sin embargo, estas verdades no deben usarse como un arma que golpee a una persona que ya está emocionalmente quebrada. Jesús nunca usó la verdad para aplastar a nadie; la utilizó para sanar, restaurar y dar vida. Su trato con personas heridas revela un amor que no ignora el pecado, pero tampoco ignora al pecador. En consejería pastoral necesitamos ese mismo equilibrio. Hablar del valor de la vida es parte de nuestra responsabilidad espiritual, pero también lo es recordar que la gracia de Dios es suficiente para perdonar cualquier pecado.

Muchas mujeres cristianas viven bajo un peso de culpa que las encadena emocional y espiritualmente, y necesitan escuchar que la misericordia de Dios no tiene límites. La Biblia enseña que donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia, una verdad que siempre debe acompañar cualquier proceso pastoral. La identidad en Cristo no se define por un error del pasado, sino por la obra redentora que Él realiza en cada vida.

Además de perdonar, Dios también se presenta como Aquel que sana a los quebrantados de corazón. El aborto puede dejar heridas profundas que requieren tiempo, validación y acompañamiento. Muchas mujeres necesitan llorar, reconocer la pérdida, darle un nombre a su dolor y encontrar un cierre que las ayude a seguir adelante sin cargar una culpa que Dios nunca quiso para ellas. El duelo que surge tras un aborto es muchas veces silencioso porque la sociedad no lo reconoce. Sin embargo, para la persona que lo vive, el sufrimiento es real. En estos momentos, el papel del consejero pastoral es servir de puente entre ese dolor humano y la esperanza divina, entre la experiencia traumática y la posibilidad de un nuevo comienzo.

Como futura líder espiritual, esta reflexión toca profundamente mi corazón.

Comprendo que acompañar en crisis relacionadas con el aborto demanda una pastoral llena de humildad, sensibilidad y amor. No se trata de pararse desde un pedestal moral para señalar, sino de reconocer que todos dependemos de la gracia de Dios. Creo firmemente en la santidad de la vida, pero también creo que la misericordia de Dios llega a los lugares más oscuros y a las experiencias más dolorosas. La iglesia no puede ser un espacio donde una mujer tema acercarse; debe convertirse en un refugio donde encuentre comprensión, restauración y esperanza.

Esa es la clase de ministerio que anhelo ejercer: uno que hable verdad, pero que también sane y abrace; uno que sostenga a quienes se sienten solos y que acompañe a quienes cargan dolores que nadie más ve.

En definitiva, intervenir pastoralmente en crisis relacionadas con el aborto requiere un equilibrio entre la verdad bíblica, la sensibilidad emocional y la compasión espiritual. La consejería pastoral debe ser un espacio de acompañamiento, no de condena; un lugar donde se escuche, se ore, se llore y se camine junto a quien sufre. Dios nos llama a ser reflejos de su amor y su gracia, especialmente en momentos donde la vida humana se encuentra más frágil. Acompañar en estos procesos no significa justificar decisiones, sino reconocer el valor de cada persona y recordarle que, a pesar del dolor, Dios aún tiene planes y propósito para su vida. Cada vida importa, y cada corazón herido merece ser acompañado con amor hacia la restauración y la esperanza.